

Reflection from Fr. Joey Evangelista, MJ
20th Sunday in Ordinary Time— Year A

We live in a highly polarized world where many people see things only in black and white, good and bad. It has reached a point where people assume that if someone is not doing good, then that person must be doing something bad. The middle ground has almost disappeared, and the desire to look deeper into why things are the way they are has all but lost its appeal.

This line of thinking has also seeped into how we view the poor and those who are different from us. We know that poverty is not ideal, and humanity has always striven to eradicate it. However, the undesirability of poverty has also negatively influenced how we regard the poor. Many people who are not poor view them as inherently less valuable. Though untrue, this belief persists. Today's political and economic uncertainty makes many people fearful, and the poor are often used as scapegoats to explain that uncertainty.

Our faith, however, informs us that this is not how God sees the world. Far from condemning the poor, God reveals through them the vastness of a love that transcends human reasoning. In the First Reading from the Book of the Prophet Isaiah, it is made clear that God's favor is not based on nationality or race; rather, He favors those who conform their lives to His will: *"The foreigners who join themselves to the Lord, ministering to him, loving the name of the Lord, and becoming his servants... them I will bring to my holy mountain and make joyful in my house of prayer."* This teaching challenges the prevalent worldview that a person's worth or humanity depends on language or skin color. Those who are different from us are no less valuable; Isaiah reminds us that they are no different from us because God calls them, too.

The Gospel Reading makes this point even clearer: Jesus publicly declares that a Canaanite woman—a non-Jew—is a person of great faith. By healing her daughter, Jesus demonstrates that foreigners, outsiders, and those shunned by society are equally loved by God. This shift—from the conventional view of non-Jews as "dogs" to praising her as an example of exemplary faith—was truly radical. It illustrates how profoundly God's perspective differs from human perception.

The Eucharist presents to us the will of the Father: a God who judges us not by race or affiliation, but by how we align our lives with His will. He does not call only a handpicked few; He invites everyone to come to Him through His Son, guided by the Holy Spirit. As Christians, our mission is to bear witness to God's graciousness toward all people. He admonishes us to break free from our current toxic ways of viewing the world and those different from us, urging us instead to see and understand the world through His eyes. The world is indeed in crisis, but the way forward is not through black-and-white thinking. It lies in reaching out to everyone and making it known that we are all invited to be harbingers of God's love—seeing others not as outsiders, but as our brothers and sisters called to bring healing to the world.

Reflexión del Padre Joey Evangelista, MJ
XX Domingo Ordinario— Ciclo A

Vivimos en un mundo muy dividido, donde muchas personas ven las cosas solo en blanco y negro, como buenas o malas. Se ha llegado a un punto en el que la gente da por sentado que, si alguien no está haciendo el bien, entonces esa persona debe estar haciendo algo malo. El término medio casi ha desaparecido, y el deseo de profundizar en por qué las cosas son como son ha perdido casi por completo su atracción.

Esta forma de pensar también se ha infiltrado en la manera en que vemos a los pobres y a quienes son diferentes a nosotros. Sabemos que la pobreza no es lo ideal, y la humanidad siempre se ha esforzado por erradicarla. Sin embargo, el hecho de que la pobreza sea indeseable también ha influido negativamente en cómo vemos a los pobres. Muchas personas que no son pobres los consideran, por naturaleza, menos valiosos. Aunque no es cierto, esta creencia persiste. La incertidumbre política y económica actual genera temor en muchas personas, y a menudo se utiliza a los pobres como chivos expiatorios para explicar esa incertidumbre.

Nuestra fe, sin embargo, nos enseña que así no es como Dios ve el mundo. Lejos de condenar a los pobres, Dios revela a través de ellos la inmensidad de un amor que trasciende el razonamiento humano. En la primera lectura, tomada del libro del profeta Isaías, queda claro que el favor de Dios no se basa en la nacionalidad ni en la raza; más bien, Él favorece a quienes ajustan sus vidas a Su voluntad: *"A los extranjeros que se han adherido al Señor para servirlo, amarlo y darle culto ... los conduciré a mi monte santo y los llenaré de alegría en mi casa de oración."* Esta enseñanza desafía la visión del mundo predominante de que el valor o la humanidad de una persona depende del idioma o del color de la piel. Aquellos que son diferentes a nosotros no son menos valiosos; Isaías nos recuerda que no son diferentes a nosotros porque Dios también los llama.

La lectura del Evangelio deja esto aún más claro: Jesús declara públicamente que una mujer cananea —una no judía— es una persona de gran fe. Al sanar a su hija, Jesús demuestra que los extranjeros, los marginados y aquellos rechazados por la sociedad son igualmente amados por Dios. Este cambio —de la visión convencional de los no judíos como «perros» a alabarla como un ejemplo de fe ejemplar— fue verdaderamente radical. Ilustra cuán profundamente difiere la perspectiva de Dios de la percepción humana.

La Eucaristía nos presenta la voluntad del Padre: un Dios que no nos juzga por nuestra raza o afiliación, sino por cómo alineamos nuestras vidas con Su voluntad. Él no llama solo a unos pocos elegidos; invita a todos a acercarse a Él a través de Su Hijo, guiados por el Espíritu Santo. Como cristianos, nuestra misión es dar testimonio de la misericordia de Dios hacia todas las personas. Él nos exhorta a liberarnos de nuestras actuales formas tóxicas de ver el mundo y a quienes son diferentes a nosotros, instándonos en cambio a ver y comprender el mundo a través de Sus ojos. El mundo se encuentra, en efecto, en crisis, pero el camino a seguir no pasa por un pensamiento maniqueo. Consiste en tender la mano a todos y dar a conocer que todos estamos invitados a ser heraldos del amor de Dios, viendo a los demás no como extraños, sino como nuestros hermanos y hermanas llamados a llevar sanación al mundo.